

# HOMILÍA

## Domingo XXVIII del tiempo ordinario. Ciclo B

### Hb 4, 12-13

#### a. Contexto

De nuevo nos acercamos este domingo, amigas y amigos, al texto de Hebreos: ese precioso sermón de un dirigente cristiano de finales del siglo primero, con tanta trascendencia en la cristología posterior.

No fue aceptado el texto de Hebreos sino hasta muy tardíamente, ¿sabes? La cuestión del sacerdocio de Cristo presentado a la forma judía no agradaba demasiado a algunos 'bien pensantes' dentro de la Iglesia...

En resumen, acerca del sacerdocio de Cristo se lee en este Libro del N.T. que el Señor es santo y misericordioso, es un sumo Sacerdote que limpia nuestras conciencias del pecado y sube al cielo.

Por eso es hecho mediador entre Dios y los hombres; o sea, hermanos en la fe, que abre una nueva forma de relacionarse Dios con la humanidad, abre una Alianza Nueva, en palabras del lenguaje bíblico.

Sólo así Jesús se hace Salvador, origen y causa de la salvación de los hombres. Aquí no hay 'magias', sino plenitud de sentido en la forma de actuar del Señor, que supera las miras humanas por la fuerza de Dios.

Sólo desde aquí se entiende que los hombres tengamos entrada, acceso a Dios, de forma definitiva, amigo. La claridad y valentía de estas afirmaciones proviene del texto de Hebreos, que es espléndido, de verdad.

Tuvo que romper sus barreras el autor para atreverse a dejar el lenguaje convencional y utilizar el judío refiriéndolo a Cristo. En este gesto arriesgado encuentra él fuerza para semejante planteamiento sobre Jesús.

Fíjate, compañero de tareas pastorales, en que Jesús no realizó acciones propiamente sacerdotales en su vida apostólica, ni era de la tribu de Leví, ni nada parecido...

Es más, hasta se enfrentó a los sacerdotes del Templo de Jerusalén (cf. Jn 2, 13, p.ej.). Hasta muere lejos del Templo, fuera del ámbito cultural del mismo.

#### b. Texto

Para centrar el pasaje, piensa conmigo que sólo desde el mensaje que se desprende de la muerte de Jesús se le puede ver como eterno Sacerdote entre Dios y el mundo.

Es más, la Sagrada Escritura viene en apoyo del sacerdocio de Cristo, leído en clave judía, si se tiene en cuenta que la función de salvación es una de las centrales en el sacerdocio del A.T. (cf., p.ej., Is 2, 1-5).

La fe hace ver que en Cristo se cumplen esas características del sacerdocio del A.T., incluidas las de ser digno de crédito y misericordioso, como se lee en la segunda parte, centro de este pasaje de hoy.

Dios se ha dirigido siempre al hombre con su Palabra, como se ve ya desde muchos pasajes del A.T., hermanas y hermanos. Pero hay una gradación que se percibe desde la fe de las comunidades cristianas de finales del s.I.

Así, en Hb 1, 1ss. lo recuerda el autor de Hebreos, marcando una gradación en la manifestación divina a los hombres: desde los Profetas, hasta Cristo, el Señor.

El III Isaías decía que la Palabra de Dios es fecunda y eficaz, como la lluvia que retorna al cielo, después de empapar la tierra, para hacer que produzca frutos (cf. Is 55, 11).

Para el autor de Hebreos, esa Palabra de Dios es como una espada de dos filos, que penetra en la carne. Pero esa Palabra afecta primeramente al que la pronuncia, tras una lucha interna (cf. Jr 20, 7).

Después entra la Palabra en quienes la oyen: más, si la escuchan de corazón. Ahí se realiza la auténtica conversión, capaz más tarde de transformar el mundo.

El valor de la Palabra de Dios llega hasta cambiar el pan y el vino en el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo, por la fuerza del Espíritu; algo semejante se da en los otros Sacramentos, celebrados en la Palabra.

Pero además, amigos, la Palabra de Dios fundamentará el juicio sobre nuestras vidas, acerca de la conducta de cada uno de nosotros en esta vida, ciertamente, ¿no?

Siguiendo el Salmo 95, para el autor de Hebreos, ponerlo en boca de Jesús es el mayor elogio de la Palabra de Dios, hasta el punto de identificarse Él mismo con la Palabra definitiva de Dios Padre.

### **c. Para la vida**

¿Qué más puedo decirte hoy, hermano en la fe, para meditar contigo sobre la misma Palabra de Dios, aquí y ahora? ¿Para hacer oración con ella, desde ella...?

Esa Palabra es, en Jesús, vivificadora para nosotros, fuerte, eficaz, actuante. Por eso seremos juzgados desde ella. ¡Da miedo pensar en cómo usamos nuestra lengua, ¿verdad?!

En el fondo, por mucho que cacareemos hacia fuera, nadie se engañará en su interior. Los secretos de nuestras intenciones se evidenciarán ante la Palabra de Dios.

Lo malo es que la usemos tan poco para hacer balance de nuestras actitudes cristianas, personales y de grupo, en comunidad, que nos creamos nuestras propias historias, nuestras excusas, nuestros rollos...

De todo ahí, ¿verdad? El caso es que hace falta, revalorizar la palabra humana. Sólo así estaremos en situación de apreciar el gran regalo de Dios, que es su Palabra, su Hijo, Jesús, hecho Palabra suya.

¡Menuda tarea de 'repasso', de 'regeneración' se nos plantea, ¿eh?!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

[aderojasr@yahoo.es](mailto:aderojasr@yahoo.es)

